

CIENCIA FICCION

SELECCION

11



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

- Presentación: *La SF y la soledad*, Carlo Frabetti.
Algas (Sea Wrack), Edward Jesby, 1964.
Tengo un tigre en casa (Automatic Tiger), Kit Reed, 1964.
Corona (Corona), Samuel R. Delany, 1967.
Pacifista (Pacifist), Mack Reynolds, 1963.
El año del terrestre (The Year of the Earthman), Hogan Smith, 1964.
El profesional (The Pro), Edmond Hamilton, 1964.
El pequeño Anton (Little Anton), R. Bretnor, 1951.
Un corazón rojo y rosas azules (A Red Heart and Blue Roses), Mildred Clingerman, 1961.
¿Mar-cia-no? (Mar-ti-an), Robert Lory, 1964.
Los dorados años de Harry (Harry's Golden Years), Gahan Wilson, 1968.

PRESENTACIÓN

La SF y la soledad

Es evidente el auge que en la literatura contemporánea ha alcanzado el tema de la soledad. El paradójico aislamiento del hombre en un mundo cada vez más poblado e intercomunicado ha sido expresado de las más diversas formas, y, lógicamente, también la SF^[1] ha abordado el tema desde diversos ángulos, enriqueciéndolo con sus recursos narrativos específicos y sus peculiares enfoques. Hay una vertiente de la actual SF, por ejemplo, que se mueve en esa línea de la que Kafka es el maestro, expresando alegóricamente la impotencia, la extrañeza y la indefensión del hombre ante unas estructuras opresivas.

Pero la contribución más específica de la SF a la temática de la soledad es esa importante rama del género que se ocupa del aislamiento y la inadaptación de los «diferentes».

El androide de El año del terrestre, la pequeña telépata de Corona o el enigmático hombre-pep de Algas expresan el íntimo aislamiento de cada individuo con una intensidad y a la vez un distanciamiento que los convierte en símbolos especialmente eficaces.

Claro que el tema se presta también a un tratamiento jocoso, como en el caso de El pequeño Anton, o cáusticamente sarcástico, como en el excelente relato corto Los dorados años de Harry, donde se revela con fuerza singular la

falsedad básica de la vida de los privilegiados en sus jaulas de oro.

En otras ocasiones, la SF no necesita exorbitar sus recursos imaginativos para poner de manifiesto el doloroso aislamiento del hombre en un mundo hostil. Tal es el caso de Tengo un tigre en casa o Pacifista, narraciones tan patéticamente vinculadas con la realidad actual, que no ya mañana, sino casi hoy mismo podrían ser verdad.

Y es que no es necesario situar a un personaje a años-luz de la Tierra, encerrado en una cápsula espacial, para expresar la soledad. Cualquier persona, cualquier miembro de esa apiñada y sombría «muchedumbre solitaria» a la que todos pertenecemos sirve a la perfección para ello. Como aquel oscuro oficinista que un día se compró un tigre. O como usted, lector, que probablemente se ha comprado este libro para «distraerse», para olvidarse un rato de su propia soledad, para evadirse de la insatisfactoria realidad... y que, se lo aseguro, no va a conseguirlo.

CARLO FRABETTI

ALGAS

Edward Jesby

Hace años que Cousteau predijo la aparición del hombre-pezu, dotado de branquias y adaptado para vivir en las profundidades oceánicas.

Este relato, cuya mayor fascinación reside en el aire de extrañeza e inaprehensible lejanía que lo envuelve, describe el futuro enfrenamiento entre estos hipotéticos hombres-pezu y la mórbida, decadente y clasista civilización terrestre, en un escenario en el que coexisten la tecnología avanzada y las más ancestrales supersticiones.

Ante el siniestro ritual entre la hechicera y el hombre-pezu, el lector iniciado no podrá evitar dedicar un oscuro pensamiento a los profundos de Lovecraft. Aunque esta vez, por fortuna, el tema ha sido tratado con un enfoque totalmente distinto, por no decir opuesto.

Greta Hijukawa-Rosen, sentada en la arena, observaba cómo su compañero maniobraba el *aircraft* sobre las aguas del Mediterráneo. Estaba de pie sobre la reducida plataforma circular, tan sólo a unos centímetros de las crestas de las olas levantadas por el viento, manteniendo el equilibrio con suaves movimientos de piernas. La embarcación, normalmente, era teledirigida desde la antena situada en lo alto de la mansión, pero en aquel momento la pilotaba el hombre.

«Viterrible», pensó Greta estirándose para que sus pequeños senos recibieran el calor del sol. Rió entre dientes, preguntándose qué pensarían sus hermanas de haberla oído usar una palabra comercial; se encogió de hombros y observó su bronceada piel, comparándola con la de su compañero, tan oscura. La piel de Abuwolowo era color humus.

—Tan oscura como el color de las hojas enmohecidas — dijo en voz alta, mientras se incorporaba para ver cómo Abuwolowo elevaba la nave hasta el máximo de seis o siete metros que ésta permitía.

La silueta de la embarcación fue empequeñeciendo con rapidez a medida que se alzaba dando pequeños bandazos, parecidos a los que dan las gaviotas que sobrevuelan el Mediterráneo. Greta pensaba que últimamente no era emocionante, pues no existía peligro. Tenía un sistema de control a distancia ajustado a su cinturón salvavidas y, caso de caer al agua, la nave acudiría en su ayuda y la rescataría.

Ahora estaba muy lejos y lo único visible, por encima del oleaje, era su negra y oscilante cabeza.

—Supongo que debería experimentar alguna sensación de pérdida.

Había desdén en su voz, desdén nacido de la lectura de unos voluminosos libros publicados a raíz de un seminario sobre este sentimiento, y que fue difundido por televisión. Aquello era todo lo que sabía de esta faceta humana. De súbito, contuvo la respiración al ver la cabeza casi en la orilla del agua.

Buscando desesperadamente sus lentes, gritó, interrogante:

—¿Abuwolowo?

Pero la cabeza era blanca, y no por el mero hecho de no estar tostada por el sol. Tenía un tinte blanco artificial, como el de las estatuas de mármol del jardín de la residencia de verano. Para su horror, el resto de la aparición surgió de las poco profundas aguas. Recortándose sobre el fondo azul del mar, se erguía una silueta negra, que hacía resaltar aún más su cabeza tan extraordinariamente blanca. Se tambaleaba en sus intentos por sacar las piernas del agua. Cuando lo consiguió, Greta vio que llevaba calzados los pies de pato y corrió a ayudarle.

Apoyando una mano en uno de sus grandes brazos, le preguntó:

—¿Está usted bien?

El hombre asintió con un movimiento de cabeza, apoyándose ligeramente en la joven. Ella suspiró aliviada, ya que no habría podido aguantar el peso de aquel cuerpo que era unos treinta centímetros más alto que ella, que medía un metro ochenta y ocho centímetros, y cuyos hombros eran aún más anchos que los de Abuwolowo.

Con los pies firmemente asentados en la arena, el hombre hizo un movimiento brusco y se libró de la funda de caucho que protegía parte de su cabeza. Alzó los ojos al cielo, unos ojos negros que ocupaban unas grandes órbitas, y observó:

—Brillante.

Luego bajó los ojos, y, después de respirar entrecortadamente durante breves momentos, agradeció a la joven la ayuda que le había prestado. Hizo una pausa, después de la cual, señalando la axila, explicó:

—Me ha mordido un tiburón.

Recobrada la respiración, resultaba mucho más fácil entenderle. El líquido murmullo de sus primeras palabras había desaparecido. La miró.

—Es usted bonita, y merece una explicación. Un tiburón me arrastró al fondo. Algo debió de asustarle en la superficie y se sumergió.

—¿Un tiburón? —preguntó ella, queriendo escuchar de nuevo aquella extraña y suave cadencia de la voz que emergía de la redonda cabeza con grandes ojos.

—Sí, un gran tiburón —aclaró—. Estaba en la superficie tomando el sol y, de pronto, se sumergió. No me dio tiempo de ponerme fuera de su alcance.

Cayó hacia delante, sobre sus rodillas. Su respiración era normal, pero la joven vio que un chorro de sangre se deslizaba por sus muslos.

—Perdóneme —rogó él, al proferir la joven un pequeño grito de angustia.

La herida cruzaba su espalda en diagonal, desde la axila del brazo izquierdo hasta la cadera del lado derecho. El traje de caucho, cortado por los dientes del escualo, se había arrollado, provocando la separación de los labios de la herida. La joven intentó levantarlo, pero resultaba demasiado pesado para sus fuerzas. Lo único que consiguió fue que cayera boca abajo cuan largo era. Forcejeó, tirando de su grueso brazo e intentando volverle boca arriba, sin conseguirlo. A pesar de estar tendido y no ofrecer resistencia alguna, continuaba siendo extraordinariamente pesado. De un salto se apartó de él y dirigió sus ojos hacia el mar.

Abuwolowo estaba aproximándose a la playa. Al verle, la joven agitó los brazos y se puso a gritar, dando saltos para llamar su atención, hasta que la nave atracó en la playa.

—Hay un hombre herido —explicó, volviéndole la espalda hasta que cesaron las nubes de arena levantadas por los chorros de aire que emitía el vehículo.

—¿Un hombre? —preguntó Abuwolowo, echando una ojeada al cuerpo inmóvil—. Debe de pesar tanto como una ballena. No podría con él; subiré a la casa y pediré ayuda.

Se alejó corriendo a grandes zancadas hasta llegar al ascensor del farallón. A Greta le pareció que hacer gala de tal velocidad constituía una violación de las facultades humanas. Permaneció inmóvil, admirando aquella agilidad, fascinada por el profundo respirar de Abuwolowo. Fáciles inhalaciones se traducían en oleadas que empezaban en el pecho y tenían su final en el diafragma, a un ritmo tal que parecía que no iban a tener fin: iniciaba la inspiración cuando aún no había concluido la anterior expulsión de aire.

Esperó en silencio, guardando para sí su cháchara habitual, reprimiéndose ante aquellos cabellos color paja, cuyo único signo de vida era el leve temblor de las delicadas alas de la nariz. Al poco rato —a ella le parecieron escasos segundos— regresó Abuwolowo con cuatro criados, hombres fuertes y achaparrados, procedentes todos ellos de las vecinas islas del Egeo.

Resoplando bajo el peso de aquel cuerpo que les doblaba las piernas, medio acarrearon, medio arrastraron al hombre herido hasta el ascensor, en el interior del cual intentaron acomodarlo, según las instrucciones de Abuwolowo; éste se encaramó por encima del cuerpo y, sujetándose a las paredes del camarín, trepó hasta situarse por encima de él. Oprimió el botón con un fuerte dedo, se cerraron las puertas y empezaron la ascensión.

Greta se había arreglado para la cena con más esmero que de costumbre. Mientras estaba descendiendo por la gran rampa que conducía al amplio salón de entrada, oyó como su cuñado hablaba con algunos de los invitados. Se

detuvo divertida. No estaba hablando, en realidad, sino conferenciando, en un tono que su acento kirguís hacía aún más didáctico de lo que pretendía.

—Es asombroso —estaba diciendo— el poder de recuperación que tiene. Le sacamos del camión de la cocina, le tendimos sobre el sofá más largo de la sala de recepciones y, acto seguido, se sentó. Me sonrió y se desperezó —el cuñado de Greta hizo una pausa, como para rehacerse de su asombro, al tiempo que clavaba los ojos en todo aquel que pareciese querer interrumpirle—. Como iba diciendo —continuó en mesurados párrafos—, se desperezó...

Greta no pudo resistir la tentación y aprovechó la oportunidad. Se deslizó con ligereza por la rampa y se plantó ante su cuñado.

—Se desperezó, y luego ¿qué?

Hauptman-Everetsky le ofreció la limitada cortesía de su helada sonrisa.

—Al estirarse, su traje de buceo se abrió y se desprendió de su cuerpo como si de la piel de un plátano se tratase. Después de palparse debajo de los brazos, donde tiene las hendiduras branquiales, abandonó el sofá. Ignorándome, dio una vuelta por la habitación y vi, con asombro, que la herida estaba ya curada. En su lugar había sólo una delgada línea.

Greta abandonó la reunión sin esperar a que su cuñado repitiera lo ya dicho, cosa inevitable en él. Cruzó el arco que daba acceso al salón de recepciones, totalmente aislado, a pesar de la pequeña deficiencia existente en la cortina presurizada, la cual hizo que una corriente de aire levantara los bajos de su larga falda.

De pie frente al cristal panorámico, el hombre-pez contemplaba el lento discurrir de las vistas correspondientes a las islas vecinas, vistas que eran ampliadas o reducidas según estuviera programado en la computadora. En aquel

preciso instante aparecían las luces de los rascacielos de Salónica.

El hombre-pez estaba absorto, pero su primo Rolf, curioso como de costumbre, no cesaba de inquirir. Empequeñecido por la figura próxima a él, disparaba las preguntas en su excitado y alto tono americano.

La que ella oyó al acercarse fue:

—¿Y ha recorrido semejante distancia? —la voz de Rolf no denotaba incredulidad, sino placer, así como su infantil amor ante la aventura.

—Por supuesto —respondió el gigantesco hombre—, ya se lo he dicho. Vine desde Stavangafjord, siguiendo una corriente terrestre. Tenía la esperanza de aprender algo acerca del comportamiento de las platijas, pero al final desistí, pues me pareció una locura; así fue como, bordeando la costa, llegué hasta aquí —devolvió su atención al cristal a tiempo de observar un artístico aspecto de la ciudad que estaba siendo ampliado enormemente—. Y —dijo, volviéndose cortés a su interlocutor— los delfines me contaron, a su regreso de Normandía, que aquí las aguas eran cálidas, y las mujeres —hizo una pausa al notar la presencia de Greta— hermosas, de rubios cabellos y cuerpo bronceado.

—Es usted muy amable —intervino Greta sonriendo—. Aún no sé su nombre.

—Gunnar Bjornstrom-Cousteau, del territorio de Walshavn —contestó con una inclinación.

Al hacerlo, Greta pensó que tenía un curioso aspecto vestido de noche. La corta chaqueta abierta, que apenas alcanzaba a cubrirle el torso, dejaba al descubierto un pecho casi rectangular, de suave y flácida carne y sin musculatura aparente, que le hizo recordar los colgajos de grasa que la herida dejó expuestos. Se estremeció y, al notarlo, Gunnar inquirió:

—¿Le molesta mi cara? —por primera vez notó que su cara estaba despellejada y que unos surcos de violento color rojo discurrían por debajo de su barbilla—. No fui muy

prudente al emprender tan largo viaje sin antes exponer mi piel a la luz de las lámparas. Pero entonces no tenía intención de estar en contacto con el aire; además, no estoy acostumbrado a la luz directa del sol.

—¿El aire?

Rolf se iba a disparar de nuevo, pero Greta le paró los pies.

—La cena ya debe de estar servida. ¿Me acompaña? —preguntó, cogiéndose del brazo del forastero.

Rolf les siguió, pegado a sus espaldas, moviendo la cabeza con aire perplejo y brincando a menudo para tratar de alcanzar la estatura del gigantesco hombre-pep, hasta entrar en el comedor. Este se hallaba en la parte más alta de la mansión, y estaba abierto a los cuatro vientos, aunque protegido de la intemperie por campos estáticos polarizados, lógicamente invisibles, que producían un singular acercamiento de los astros.

—A este pep —Hauptman-Everetsky había pasado del asombrado temor a la condescendencia, al contestar a las preguntas de alguien— no pude echarlo al agua, como hubiera hecho con una trucha demasiado pequeña —gesticuló—, y ya va siendo hora de que nos divirtamos un poco. Empezamos a aburrirnos los unos a los otros.

Greta percibió el envaramiento de Gunnar y se cogió a su brazo con más fuerza. Este se inclinó hacia ella y dijo:

—No tema, no caeré. Hacía largo tiempo que no caminaba. Debo acostumbrarme a prescindir del amistoso apoyo del agua.

Greta notó el énfasis que puso en la palabra «amistoso», y recordaba que una de las pocas cosas que sabía de los habitantes de las profundidades marinas era que habían vuelto a adoptar el duelo. En los infinitos ámbitos marinos resultaba difícil mantener la observancia de las leyes; los encuentros con las orcas y los tiburones eran comunes, y duras las lecciones que estas experiencias enseñaban.

Su compañero sonrió a Everetsky y a sus acompañantes, al tiempo que estrechaba sus manos con fuerza y cumplimentaba a las mujeres.

—Al menos no me aburriré —dijo, dirigiendo su mirada al pintado pecho de su hermana Margreta.

Greta, aliviada, cogió de nuevo su brazo, y se sintió contenta de haber elegido aquel vestido azul que únicamente le dejaba al descubierto las manos y la cara.

—¿Nos sentamos ya, Carl? —preguntó a Everetsky, que se apartó dejando expedito el camino a la mesa. Este colocó a Gunnar a su derecha y a Greta a su izquierda.

Al principio, la cena se desarrolló con bastante placidez, centrándose la conversación en los presupuestos gubernamentales y en la futilidad de invertir dinero en las minas lunares. Todos los que procedían de las ricas estepas y regiones montañosas de Rusia expusieron lo que, a su juicio, estaba haciendo falta en sus latitudes: «padrinos» que proporcionaran recomendaciones, intermediarios por medio de los cuales poder presentar quejas y falsas denuncias por corrupción...

Mientras Rolf daba fin a un relato acerca de un funcionario sobornado que rehuyó cumplir con sus deberes, reparó en la esférica cabeza de Gunnar, que se destacaba del grupo de morenos invitados de prominentes barbillas.

—... Era un tipo despreciable como hay pocos —concluyó—. Pero, mi querido hombre-pep, ¿comprende algo de todo esto?

—Yo —rió Bjornstrom-Cousteau— no comprendo estos problemas, pero, aunque de otro tipo, también nosotros tenemos con nuestro gobierno —parecía apreciar a Rolf, pero se dirigía a su anfitrión—. Sin embargo, resultan difíciles de explicar.

—Supongo que así es —repuso Abuwolowo—, pero, de todos modos, le ruego que nos los cuente.

Gunnar se encogió de hombros, haciendo temblar la maciza mesa al montar una pierna sobre la otra.

—Quieren que se cultive más y se cace menos.

—¿Por qué no? —desafió Abuwolowo—. En el pasado, también mi pueblo tuvo que amoldarse a los cambios. Aprendieron a cultivar la tierra y a trabajar en fábricas.

—Sí —permaneció en silencio unos segundos—. Imagino que tendremos que hacerlo algún día, pero como cantó el poeta Hagar...

—¡Poetas! —Abuwolowo abandonó la mesa—. Estábamos hablando de gobiernos.

—Hagar dijo —Gunnar continuó imperturbable, como las mareas, citando complacido unos versos—: *El mar se altera con nuestro padecer; no puede conseguir que los hombres piensen libremente en la superficie* —recitaba cuadrando los hombros, mostrando aún más su pálida carne—. *Porque nosotros escogimos las profundidades, no su cómodo y alejado otero* —y se interrumpió para contemplar la oscura noche con la mirada sin fondo de sus grandes y dilatadas pupilas.

Rolf, siempre jovial, se frotó las manos olfateando el próximo plato.

—¡Ah! ¡Venado doméstico! —exclamó cambiando de tema, evitando de este modo el seguro ex abrupto de Abuwolowo, que volvía a ocupar en aquel momento su lugar a la mesa—. Sin embargo, nuestro nuevo invitado no parece estar disfrutando mucho de la cena, aunque el cocinero de nuestro anfitrión es excelente.

—Los alimentos están cocidos —repuso Gunnar, como si con esta aseveración quedase todo explicado.

Y así debió de ser, porque, cuando vio la expresión de Hauptman-Everetsky, se levantó de la mesa excusándose.

—No me he recuperado aún de mis heridas. Les ruego que me disculpen.

Lo último fue una afirmación, no un ruego; acto seguido se retiró, con un cansado y lento renqueo. Su fuerte cuerpo parecía abatido por el empuje de la gravedad.